EL MERIDIANO
Daniel Pérez Calvo

La fiera en celo

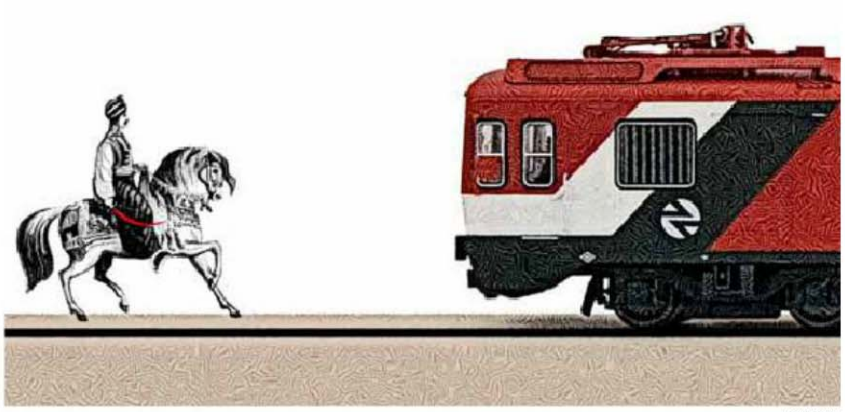
ME exaspera la vagancia intelectual de quienes prefieren nadar en la superficie de las ideas con un tópico como flotador, en lugar de bucear en los profundos misterios de la mente humana. Es el caso que la doble crisis moral y económica, que muerde los cimientos de una Europa donde lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer, ha traído consigo el resurgir de movimientos populistas, que saben tocar la fibra sensible de personas con la autoestima hecha jirones y en consecuencia fácilmente manipulables; personas que, además del trabajo, han perdido la confianza en un futuro más o menos prometedor para ellos y para sus hijos. El paro y los recortes sociales, unidos a la miseria ética de aquellos que debieran comportarse de manera ejemplar y no lo hacen, son el caldo de cultivo en el que proliferan vendedores de sueños imposibles, que dicen tener la llave para recuperar dignidades e ilusiones perdidas. Quienes desde posiciones tan simples como simplistas todavía creen que el ultranacionalismo solo es cosa de un reducido grupo de fachas, pertenecientes a oligarquías de derechas que manejan poder y dinero, se exponen a la peor consecuencia que puede derivarse de un error y es el riesgo de volver a caer en él. Aunque a algunos les produce enorme dolor de prendas reconocerlo, es evidente que ante la xenofobia visceral –hoy como ayer– no solo se rinden niños de papá, amantes de esvásticas y correajes, sino muchos parias de la tierra, que, también desde la izquierda, han acabado creyendo la milonga de que su supervivencia se ve amenazada por quienes han venido y vienen de fuera a arrebatarles el pan de la boca. Europa conoce por propia y amarga experiencia cuán letales pueden llegar a ser los efectos del paroxismo aplicado a conceptos como patria, orgullo, raza, trabajo o nación; lo sabe, porque ya logró doblegarlo una vez, aunque por desgracia fuera en el tiempo de descuento. Entre la demagogia y el frívolo reduccionismo de sordos que no quieren oír, yo propongo no bajar la guardia y tener muy presentes las palabras premonitorias y escalofriantes de Bertolt Brecht tras la Segunda Guerra Mundial, cuando ya entonces advertía de que, por más que el mundo se mantuviera en pie y hubiese logrado derrotar a la bestia, la fiera que la engendró volvía a estar en celo.

@danielprezcalvo

EL MIRADOR | Diez años después de la espantosa matanza yihadista del 11 de marzo de 2004 en Madrid, un denso trabajo de Fernando Reinares describe con gran solvencia el origen del atentado
Por Guillermo Fatás

«¡Matadlos!», la idea del 11-M

UN truco para dificultar el espionaje del correo en internet consiste en que todos los miembros del grupo compartan una sola cuenta, con contraseña única. No se envían mensajes: los dejan en la carpeta de borradores, de modo que resultarán visibles –y eliminables- para todos ellos, pero sin necesidad de cursarlos. Los mensajes no viajan, no dejan pistas. Este fue uno de los ingeniosos artificios que usaron los autores, intelectuales y materiales, de los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, fanáticos yihadistas, integristas islámicos.



ISIDRO GIL

Sí fueron ellos

El reciente libro 'iMatadlos!', de Fernando Reinares, debería terminar con gran parte de las especulaciones sobre la matanza del 11-M, de la que el martes se cumplirán diez años. Hubo 191 muertos, 1841 heridos y daños materiales calculables, según diversos conceptos, en más de 211 millones.

La magnitud de aquella mortandad reveló la capacidad de misericordia y empatía de los madrileños. Su callada, generosa y universal entrega al socorro de quienes aún podían necesitarlo, y de sus allegados, aturdidos por tanto dolor, merece recordación.

Dadas las peculiaridades de España, aquel crimen horroroso hizo que nuestros dirigentes lo convirtieran en motivo de honda y duradera discordia, y no en motivo de unión frente a un enemigo peligroso y fanatizado como es la yihad alqaedista, cuyo jefe más consicuo era Osama bin Laden. No se conocía una matanza terrorista de esa magnitud en Europa. Solo el enloquecido régimen gadafista libio había logrado en 1988 más muertos en una sola acción, al reventar un gran avión americano de pasaje, en vuelo sobre Escocia. Así y todo, desde el primer minuto, la política de facción creó una nube enturbiadora, hecha de insultos recíprocos, acusaciones obscenas y errores garrafales.

Reinares titula el libro con una expresión del Corán, usada por los fanáticos para estimular a sus seguidores. Ya la facilitó en aquellas tristes fechas HERALDO a sus lectores, en su análisis de lo sucedido: «Es la aleya 191 y dice: 'Matadles donde deis con ellos y expulsadles de donde os hayan expulsado'. El profeta pide, pues, recobrar el suelo islámico perdido», decía este periódico. En aquel contexto, según los exaltados del salafismo y otras aberraciones doctrinarias, era una alusión a Alandalús, a España.

> «La idea de un gran atentado en España la concibe en Karachi, a fines de 2001, Amer Azizi. Y aún no hay guerra en Iraq»

En una edición especial que llegó a la calle antes de concluir aquella terrible mañana, HERALDO dio en titulares, sin descartar a ETA –en la que tanto insistía el Gobierno Aznar, que convenció a la ONU–, la posibilidad de que el alevoso crimen fuera obra de la yihad armada. Sobre este punto, que aún discuten algunos, el cuidadoso trabajo del investigador riojano es determinante y zanja la cuestión.

Lo que prueba Reinares

Con datos que rastrea a partir de un juicio en Manchester, Reinares prueba que la idea de un gran atentado en España la concibe en Karachi, a fines de 2001, Amer Azizi. Y aún no hay guerra en Iraq, de modo que no pudo ser ese el motivo.

Azizi es un marroquí, residente en Madrid, que pasa del alcohol y las juergas a la estricta observancia religiosa. La conversión sucede en España, donde hay salafistas activos al menos desde 1994, de la mano de activistas sirios y palestinos. En ese caldo de cultivo crece un grupo que la Policía desmantela en 2001: cae el núcleo principal, con su jefe, Imad Eddin Barakat Yarkas, llamado Abu Dahdah, pero no Azizi, que ya se había ido a Pakistán. Para él, Abu Dahdah era un apóstol justiciero, un hombre de Alá que lo había redimido del mal y del pecado. Quiso vengarlo y, a partir de ahí, el plan fue cuajando, antes de la guerra de Iraq (2003) y mucho antes de que Aznar hubiera siquiera pensado en convocar elecciones el 14 de marzo de 2004.

Que el día fuera un 11 y cuatro los trenes de la muerte sigue una pauta simbólica con buen potencial propagandístico: el ataque a EE. UU. en 2001 había tenido lugar en fecha 11 y mediante cuatro aviones.

Un enemigo capacitado

Yerran quienes se enredan en los pormenores del asunto –incluidos los errores policiales– o lo despachan menospreciando la capacidad de estos sujetos tenaces, astutos, resistentes y decididos. No son grandes expertos en tecnología informática o electrónica, pero sí usuarios avezados; y suspicaces. Se adaptan a los medios disponibles, como se ve por el citado uso elusivo de la mensajería electrónica, según describe Reinares (p. 172).

Todavía en 2007, el entonces director de El Mundo propalaba que Felipe González caracterizaba la matanza como «un encargo de ETA». Ramírez delataba así a Zapatero, de quien tenía ese dato por habérselo dicho en privado (!) aquella aciaga mañana. El periodista lo contaba infantilmente ufano de coincidir en esa opinión tan alambicada con González.

En el mismo diario dijo el viernes el juez Gómez Bermúdez, gran admirador de sí mismo, que aún no sabe quién tuvo la idea de atentar en Madrid. Quizá pueda echar un vistazo a la densa obra de Reinares, que pone muchos puntos de precisión sobre las íes de las culpas.

CUENTOS DE DOMINGO
Antón Castro

Mª Luisa de la Riva

ANTES de los estudios de Magdalena Illán o Estrella de Diego, Eduardo Laborda, Félix Romeo, Jaime Esaín y Alfredo Cabañuz se habían acercado a María Luisa de la Riva, nacida en Zaragoza en 1859, que no tardó en trasladarse a Madrid. Allí estudió pintura; años después se definió como «pintora profesional, que trabaja para vivir». Tuvo como maestros al escultor Antonio Belver y a los pintores Antonio Pérez Rubio y Sebastián Gessa, este sería determinante en sus temas. María Luisa abrazaría el bodegón y el cuadro de flores. Creó en Madrid un estudio o taller para mujeres pintoras, y debió hacerlo muy joven porque en 1880, según algunos estudiosos, estaba en París y se había casado con un artista como Domingo Muñoz Cuesta. ¿Qué se le había perdido a la pintora zaragozana en París? Era la capital del arte y del sueño: la ciudad de los impresionistas y de los grandes creadores, era la ciudad de la ilusión, de la bohemia y de la tentación. María Luisa poseía una paleta variada y elegante: era capaz de ser preciosista y grácil, tenía un gran sentido del color y de la composición, podía resultar amable e intensa y desplegar sutileza y energía con pasmosa naturalidad. O con conciencia del oficio. Frecuentó los salones parisinos, y participó en la Exposición Universal de París de 1889 o en la Exposición de Arte Español en San Petersburgo de 1890, y a la vez exponía en la sala Parés de Barcelona en 1183 y 1896. Allá donde iba recibía medallas y distinciones. De la Riva es la figura auroral de la exposición 'Pintoras españolas (1859-1926)' en el Paraninfo; junto a ella hay otras 22 artistas, algunas tan conocidas como Norah Borges, María Blanchard, Sonia Delaunay o Maruja Mallo, «la mujer que mejor maldecía de Madrid» y que enamoró a Alberti, Neruda o Miguel Hernández. Los cuadros de María Luisa de la Riva –'Uvas de España', 'Puesto de flores' o 'Uvas y granadas'...– son rotundos, bellos y sutiles: dominaba el arte del óleo y de la acuarela. Convertía a las flores en incendio y arañazo de luz, en centelleo de formas, en puro virtuosismo y emoción, en aroma de eternidad. Regresó a Madrid y allí murió en 1926.